

No pasar

A Sara Mesa le bastan cien páginas para crear dudas en la cabeza del lector

■ PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA

El universo de Sara Mesa es una variante de los márgenes: un espacio que queda en secreto, y resulta peligroso, pero no porque resulte inaccesible, sino porque la normalidad, lo aprendido, impone que no miremos hacia él. El efecto es particular y poderoso; también la clase de virtud que puede convertirse en un vicio. Lo que consiguen las historias de Mesa es franquearnos el paso a esa habitación de la casa familiar que siempre ha estado cerrada sin que nadie se cuestione el porqué, dando todos por hecho que allí no se puede entrar.

En 'Cara de pan' ese espacio prohibido tiene una concreción física –un rincón oculto entre los setos de un parque– y un alcance mayor que

nos sitúa frente a la relación entre una niña y un adulto al que conoce por casualidad. El hombre no tiene que ver con la familia, el vecindario o el colegio de la menor. Es ese desconocido con el que todos los padres prohíben hablar a sus hijos.

La protagonista es nombrada en la novela como Casi (tiene casi catorce años) y ha dejado de ir al instituto sin que lo sepa su familia. Sostiene que allí no aprende nada, aunque su huida tiene más que ver con la adolescencia y la inadaptación. En lugar de ir a clase, Casi pasa las mañanas en su escondite del parque, a salvo de las miradas de los adultos. Cuando el hombre, al que solo se nombra como 'el Viejo', se asoma por allí y, en vez de hacer las preguntas previsible, se pone a hablar de pájaros (y de Nina Simone: esto es bastante más insostenible), a la chica «le hace gracia», aunque «no la suficiente como para bajar la guardia».

Ese primer encuentro se irá repitiendo día tras día. Casi

y el Viejo establecen una relación que no va en apariencia más allá de la amistad, pero que en la cabeza del lector crece rodeada de alarmas, taras y amenazas. El modo en que Sara Mesa administra la información es una vez más enormemente habilidoso. Y su escritura, de una desnudez y precisión que aspira a la clase de invisibilidad que lo pone todo a favor de la historia, contribuye a generar una sensación de creciente, y cambian, intriga.

El gran mérito de 'Cara de pan' consiste en que, desde el comienzo, hay una enorme

cantidad de suspicacia que se lanza en dirección al lector, poniéndolo frente a un asunto decisivo: ¿qué es normal? A ese respecto, solo un ejemplo: la protagonista advierte que la ropa del adulto es elegante, pero el lector solo puede ver que hay algo sospechoso en que alguien lleve un buen pantalón que tiene los bajos sucios.

La autora aclara en una nota final que 'Cara de Pan' tiene su 'germen' en un cuento anterior titulado 'A contrapelo' que aparece incluido en un libro titulado 'Riesgo' (Rata editorial, 2017). El modo en que esa historia ha crecido hasta componer esta 'nouvelle' tiene algo de problemático. Se diría que el texto extiende demasiado la elipsis que lo sostiene. Y que al mismo tiempo termina siendo una lástima que no haya espacio para profundizar en algunos de los hallazgos añadidos. Por ejemplo, la reacción final del padre de la protagonista. Leer 'Cara de pan' es sin embargo volver a comprobar que a Sara Mesa le bastan cien páginas para instalar en la cabeza del lector dudas que permanecen hasta mucho después de terminar el libro. No es tan frecuente. No es tan sencillo. Y es, probablemente, de lo que se trata.



CARA DE PAN

Autora: Sara Mesa. Novela. Ed.: Anagrama. 137 págs. Precio: 17 euros (ebook, 9,99)